

La entrada en los territorios romanos de manera agresiva y con un empuje imposible de detener a causa de numerosos factores negativos, como fue la relajación, la vida cómoda, la entrega de la defensa de las fronteras a los pueblos germánicos, hizo que la vida urbana desapareciera y la población se retirara al campo. Como consecuencia muchas ciudades perdieron su esplendor, su empuje, el brillo que había tenido en la cultura romana, ofreciendo la posibilidad de disfrutar de una serie de actividades de todo tipo que dio a la ciudad una importancia que no volvería a recuperar hasta la llegada del Renacimiento.



La serie de construcciones llevadas a cabo por el espíritu emprendedor de Roma, realizando todo tipo de inversiones al objeto de ofrecer una vida más cómoda y segura, más dirigida al pueblo sencillo, hizo que se construyeran numerosas obras de ingeniería, religiosas y de espectáculo, como fueron los templos, los circos, teatros, acueductos, calzadas, murallas, fortalezas, palacios y un sin fin de obras que dieron a la ciudad un carácter realmente digno de ser calificada como tal.

Pero tras la caída del Imperio Romano se presentan ante el mundo occidental dos formas diferentes de concebir la nueva organización cívica. Por una parte se encuentra la cultura islámica y por otra el mundo cristiano, siendo sus respectivas religiones las que marcaran y dieran carácter a cada una de ellas.

Las ciudades se despueblan a partir del siglo III, lo que hace que haya que regresar a ocupar de nuevo otras ciudades que habían sido abandonadas. Otras veces se fundan nuevos centros urbanos. En España es frecuente que los territorios situados entre los ríos Duero y Tago quedasen prácticamente despoblados, por lo que había que favorecer su poblamiento mediante la concesión de privilegios a los nuevos grupos colonizadores, al objeto que pudiera ponerse en

cultivo las inmensas tierras abandonadas. Para ello el monarca concedía una serie de fueros que venían a ser la concesión de ventajas sobre el medio rural, para de esa manera favorecer el surgimiento de una población.

Por otro lado, también surgieron poblaciones nuevas, aprovechando los cruces de caminos, equidistancias entre poblaciones importantes, a las orillas de los ríos navegables, cosa que sucedió en Francia, junto al río Sena, o en Alemania junto al Rin. Las peregrinaciones favorecieron la creación de nuevas poblaciones, lo cual se puede observar en el Camino de Santiago.

Con todas las ventajas que la ciudad proporciona, pronto se convierten en centros de una actividad importante, no solo desde el punto de vista agrario, sino con el inicio de una industria naciente que poco a poco irá transformando la vida urbana.

La diferencia entre una ciudad musulmana y otra cristiana es apreciable, pero en las dos el eje central de la vida se encuentra alrededor de un centro religioso, que en el primer caso es una mezquita y en el caso cristiano una catedral o un centro monacal. Otras veces la ciudad surge alrededor de un castillo, donde puedan en un momento de peligro ir a refugiarse.

La ciudad islámica es una ciudad metida en sí misma, con escasas actividades en el exterior. Por ello, la ciudad islámica no posee apenas centros abiertos, parques públicos, plazas donde pueda desarrollarse la vida. La vida se hace dentro de las casas. Solamente nos encontramos con el zoco, la mezquita y los baños como lugares públicos. El primero para comprar y vender; el segundo para orar y el tercero para limpiarse.



En el exterior de las viviendas apenas se ven elementos ornamentales. Cualquier ciudad importante como Damasco, El Cairo, Fez o Córdoba son ejem-